

La luz del verano era completamente nueva. Un nuevo colegio. El último verano después del colegio de mi madre. Restos de plastilina bajo las uñas, marcas de punzones en las manos, historias de una Biblia para niños en la clase de los viernes. Horas cuando la tarde se acerca con alegría al fin de semana. Era un color parecido al del final del verano en Salou. Un cromo de Raúl Amarilla con la camiseta del Real Zaragoza. Mi padre explicándome que unas semanas antes había fichado por el Barcelona. Más sobres y más cromos. El mismo cromo de Raúl Amarilla con los colores del Barcelona. Como si le hubieran cambiado el blanco y el azul por el blaugrana. La misma foto, la camiseta con la publicidad de Pikolin, las franjas rojas y azules sobre la marca de colchones. Mi padre, habitual de La Romareda, veía el banquillo local en el fondo del cromo. Cromos raros, cromos que se pegaban al final del álbum. Cromos de cartón y pegamento de barra, cromos en la sección de últimos fichajes. Qué poner en el lugar de Amarilla, en su espacio de la hoja doble dedicada al Real Zaragoza. Improvisar y buscar más jugadores que huecos. Aquella frase: «Pon el que prefieras». Una vida por otra, un jugador por otro. Pero eso no era para una estrella como Amarilla, él tenía su espacio, su lugar. Dejar el espacio vacío. Tener el cromo de Ayneto y el cromo de Corbacho. Tener, quizá, el cromo de Roberto Elvira. Roberto Elvira era uno de mis favoritos. Mi padre hablaba muy bien de él. Dejé el hueco. Dejé el espacio para la traición de Amarilla. Marcharse en agosto. No me daba cuenta de que yo,

de alguna manera, también había traicionado al colegio de mi madre, marchándome de allí, esperando hasta el último instante una plaza en los Marianistas. Chicos y más chicos desconocidos que se apilaban en estantes. Aquellos chicos que estaban viviendo una vida, otra vida, una vida en paralelo a la mía, en aquel verano, el verano que comenzaba con cuerpo joven, un poco chulesco en sus andares, como si fuera a durar para siempre. Y el verano que se terminaba. No habría más veranos si ese no se terminaba. Aquel cromo en lugar de otro. Mi primer trozo de cartón interino. Un colegio por otro. Menos mal que teníamos a Rubén Sosa, al Principito.

El colegio de mi madre, San José de Calasanz, se abría como un monumento perdido en mitad de un pasaje subterráneo. Aquel lugar tenía algo de monumental, de templo perdido. Descendías desde la avenida Tenor Fleta hasta que se abría ante ti. Cada día, de la mano, con mi madre, recorriendo el mismo camino. Mi madre me soltaba en la entrada del patio y subía las escaleras camino de su clase y yo acudía hacia la zona de preescolar. Mi madre, tan bella, se alejaba, hermosa como solo pueden serlo las madres. No sabía entonces que me seguía con la vista, atenta y preocupada, hasta asegurarse de que me juntaba con los demás niños de mi edad, cerca de la maestra. Luego ella subía hasta el tercer piso, al de los pasillos largos de techos estrechos, donde estaban las aulas de los mayores, los de séptimo y octavo. Allí estaba la física, la química, la matemática más avanzada, los electrones de valencia y las redacciones en francés, la sintaxis, pasiva, pasiva refleja, impersonal refleja, leyes de Newton, el final de la escuela, los muchachos preparándose para ser el alimento de una sociedad que traía hambre atrasada. Niños de séptimo y octavo, niños que

parecían gigantes a punto de ser atrapados por la primera madurez, por una adolescencia obsolescente y preparada, niños que nos apartaban como insectos molestos cuando salíamos al patio, agarrando nuestros balones, lanzándolos lo más lejos posible de nosotros. Al finalizar las clases de la mañana mi madre volvía a agarrarme la mano, sus manos llenas de tiza, con restos de fórmulas, cenizas blancas de cuentas y fórmulas de dinámica, polvo y más polvo. Demasiadas décadas más tarde yo mismo recogería a mi hijo con las manos llenas de fragmentos de números, empantanando sus dedos de reglas inamovibles, repetitivas y olvidables. Y los mismos alumnos gigantes, alumnos que, para mí, cuatro décadas más tarde, parecerían proyectos de jóvenes temblorosos en sus primeros cursos de secundaria. Encogidos, diminutos, asediados por los mismos problemas con disfraces completamente diferentes. Pero daba igual, yo solo quería llegar hasta donde estaba mi padre, desandando el camino de la mañana, encontrarnos con él, mi madre y yo, el amor y las cuatro reglas fundamentales de la aritmética, con mi padre, con su Renault 12 verde, aparcado, como siempre, en doble fila.

Unos pocos sábados por la mañana algunos padres organizaban un cineclub en la escuela. Mi padre ayudaba. Un proyector, un proyector contra una pantalla, una sábana, mi padre colocando la bobina, la película, solo recuerdo una película: *Tora, tora, tora*. Japoneses atacando Pearl Harbor, japoneses sacrificándose por el emperador, repetid conmigo: «Tora, tora, tora», un sábado por la mañana, un fin de semana en una de las aulas del colegio San José de Calasanz. Quizá fuera el comedor, no lo sé, no me quedaba al mediodía, era un lugar, el comedor, inhóspito para mí. Sí que recuerdo cómo se veían en el patio, en una de

las paredes exteriores del recreo, unas marcas con números preparadas para jugar al frontón. Y una escalera exterior que te permitía acceder desde el patio hasta el segundo piso sin tener que usar la entrada principal. Mi madre me dejaba con los niños, cerca de la fila, subía aquellas escaleras y, desde allí, se aseguraba de que me colocaba junto al resto de los niños de mi curso. Mi maestra se llamaba Mancí. La señorita Mancí era rubia y nunca me ponía la cruz de excelencia en las notas, en el apartado de escritura. Mi caligrafía era muy mala. Cuando recibía el boletín lloraba, con lágrimas ácidas, de las que dejan surcos de decepción en la mirada. Han pasado cuatro décadas y aún lo recuerdo. No me ponía cruz en aquel apartado y yo lloraba cuando le llevaba el boletín a mi madre para que lo viera. Un miedo atávico y absurdo, una preocupación innecesaria. La señorita Mancí me decía que tenía que dibujar mejor las letras, ir más despacio. Mi madre y la señorita Mancí hablaban de mí en la sala de profesores. Mi madre y la señorita Mancí eran amigas, compañeras de cursos y de años, y antes de entrar en la reunión de evaluación, en el claustro, donde fuera, la señorita Mancí le contaba a mi madre que no me iba a poner la cruz en la parte de escritura. Y mi madre le daba la razón, y le decía que era lo mejor, que teníamos que trabajar más en ello en casa. Yo, entonces, no sabía qué era un claustro o una sala de profesores. Había zonas de la escuela que tenía vetadas. Que todos los alumnos teníamos prohibidas, y, aunque yo fuera el hijo de la maestra y fueran más laxos con algunas de aquellas fronteras imaginarias, esperaba fuera, cerca de los lugares no permitidos, pero sin cruzarlos, con una sensación de familiaridad, como quien contempla lo que algún día podría ser suyo.

Pero yo era el hijo de la maestra y, aunque no podía pasar aquellas fronteras imaginarias, esperaba fuera, muy cerca de los lugares prohibidos, con una cierta sensación de familiaridad. El año que nació mi hermana Salu, mi madre era tutora de mi clase. Yo tenía siete u ocho años y mi madre era mi maestra. Eso me ponía muy nervioso, sobre todo cuando me tenía que acercar a la mesa para enseñarle la tarea que nos había puesto el día anterior. Los mismos deberes que habíamos terminado en casa, sentados en la mesa de la cocina, mientras ella preparaba la cena. Iba a clase con mi prima Sara. Mi prima Sara había nacido un mes más tarde que yo. Ella a finales de septiembre y yo a principios de agosto. Era la hija de mi tío Octavio, el hermano gemelo de mi padre, mi padrino, y de mi tía Maite. Cuando nació mi hermana mi madre se tomó unos meses de permiso y nos dejó en aquella clase con una profesora sustituta. No recuerdo su nombre. Sí que me sentí aliviado. Cuando me acercaba a la mesa, muy serio, como era yo, a veces, si nadie nos veía, mi madre me daba un pellizco en la nalga y yo me ponía rojo, avergonzado, preocupado de que alguien se hubiera fijado. Ya no habría más secretos. Era el año 1985. Mucha gente dice que las décadas empiezan los años que terminan en cinco y se extienden diez años más. Había pasado Naranjito. Yo cambiaba sus cromos y los de *Ulises 31* en una esquina del patio. El suelo del patio era de tierra y el agua de la fuente lo convertía todo rápidamente en barro. En la zona donde cambiábamos cromos todo el suelo estaba cubierto de barro. Y jugábamos con él cuando no nos veía nadie. Pensábamos que huíamos de cualquier mirada en aquella esquina, protegida, olvidada, aburrida. Las maestras fumaban un pitillo. El humo no estaba todavía prohibido.

Y vigilaban que ninguno de los chicos mayores lanzara el balón con demasiada fuerza. Había un millón de niños corriendo en todas las direcciones del patio. Un millón de hilos, de trayectorias aleatorias que, de vez en cuando, se cruzaban y se oían golpes, cráneos contra cráneos, raspaduras en las rodillas, lloros, sangre, mercurina. Balones y trayectorias, la teoría del caos. Y en la esquina cambiábamos cromos o jugábamos con el barro del suelo, tierra y agua de la fuente. Un punto ciego. Pero luego aquellas zapatillas con velcro, marrones, con aquella tierra reseca que se desprendía, que nos perseguía, con las uñas llenas de tierra húmeda, con las huevas de las lombrices, con el carbonoso reducto de un corto recreo. Nadie nos veía, pero íbamos dejando huellas. Yo, entonces, no sabía que España estaba viviendo un momento clave en su historia. Aquel fue mi último curso en San José de Calasanz, cuatro después del intento del golpe de Estado, tres más tarde del Mundial de fútbol, poco antes de nuestra entrada en la Comunidad Económica Europea. Todos mis abuelos estaban vivos. Y también mis tíos y mis tías. Todavía recordaba la serie de dibujos animados y esperaba la llegada de la versión con perros de *D'Artagnan* o *La vuelta al mundo de Willy Fog*, con sus animales humanizados. Cromos y más cromos. Y, eso no lo sabía, estaba esperando el Mundial de México y, todavía más, el de Italia. Extrañaba a mi madre y sus pellizcos, quería que volviera de su baja, que dejara por un momento a mi hermana recién nacida. Quería acompañarla al mediodía, volver a recibir su belleza cuando me colocaba la mochila al acabar la jornada, a las seis de la tarde, yendo hacia casa, en el camino subterráneo hasta Tenor Fleta. Yo, escondiendo las uñas sucias de barro, las zapatillas de las que se desprendían las pruebas acusatorias,

mi madre y su sonrisa, mi madre y su mano protectora, limpia de tiza a esas horas de la tarde. Tomaba café con sus compañeras en un bar llamado El Tenor, mientras yo iba de un lado a otro: en la entrada del pasaje había dos puestos simétricos de venta de golosinas y tebeos, uno frente a otro, y yo me iba de uno a otro, como en una imaginaria partida de tenis de mesa, contemplando las colecciones de cromos, las portadas de las revistas, las coloridas bolsas de chucherías. Llegaba mi padre, se bajaba del coche, me llamaba, esperaba un minuto o dos a mi madre, y los tres volvíamos juntos al coche, donde nos esperaba mi tío Octavio. Lo dejábamos en su casa camino de la nuestra.

Dos años, un niño que comienza a hablar, mis padres grabándome en un primitivo casete. Las preguntas sobre la vida, la vida de colores y canciones de un crío de preescolar. Al grabarme sus voces se colaban en el magnetismo gris, en la circulación de la cinta, registrándose al rodar, cápsulas, restos, retazos, mientras seguía el giro. Sus voces eran jóvenes. Mis padres eran insultantemente jóvenes. El pelo crespo de mi padre, su bigote frondoso y oscuro, el cuerpo firme de mi madre, elegante y fina, sus manos con olor a tiza y tabaco. Mis padres me pedían que repitiera las canciones que había aprendido en la guardería. Yo les decía que no me grabaran. Ellos reían y reían, no podían aguantar la risa, carcajadas puras, como la voz del niño, de su hijo, de su primer hijo. Me aseguraban que no estaban grabando. Pero yo veía una luz encendida, una chispa fija en la máquina. No les creía. Más risas. Y yo cantando, hablando de animales y colores, de la vida destilada, ocurrente, novedosa de un niño de guardería. Les pedía que dejaran de grabar. Que no iba a cantar ni una sola vez más. No canto más. Y se escucha la voz de mi padre, que ape-

nas puede contener la risa, que me dice que el casete está apagado. Y yo crédulo, como un niño de dos o tres años, sigo un rato, unos instantes, otra canción, media canción como mucho, hasta que me detengo y vuelvo a insistir en la luz delatora de la grabadora. Y mis padres estallan en carcajadas, cómplices de un amor crédulo e indefinible, absurdo, metalizado, chapado por los días que se repiten, por las esquinas que comienzan a marcarse en su hijo, un hijo de colores y canciones, un hijo vergonzoso que se niega a seguir con aquella luz de grabación encendida y traicionera.

Había algo de agotamiento brillante en las parejas jóvenes disfrutando de su primer hijo. Una vida a tropicónes: tan pronto trascurría sencillo, en un devenir calmado, como se rompía la monotonía y lo que antes iba despacio arrancaba sin límite. Pero siempre llegaba la noche, el final de la jornada. Era tiempo de conseguir que me durmiera. Mi padre me llevaba a la cama de matrimonio y se tumbaba conmigo mientras mi madre recogía los restos de la cena. Siempre había un transistor encendido en la casa. Mi padre llevaba la radio hasta la habitación y la dejaba en la cama, estiraba la antena. Dos o tres aparatos repartidos por aquella casa de habitaciones pequeñas, lejos del centro, como están todas las primeras casas de las parejas jóvenes con su primer hijo. Mi padre y yo y la radio. Al rato, mientras todavía se secaba las manos, entraba mi madre en el dormitorio para encontrar a un bebé sonriente, sosteniendo la radio entre sus manos, ensimismado por las voces monótonas del último parte del día, manipulando aquel aparato de sonidos monocordes y continuados, la sonrisa despierta, la antena extendida, el plácido ronquido de mi padre, tranquilo, a mi lado. Las voces de la radio, de aque-

llas emisoras, mi padre dormido y yo, apoyado en su cuerpo, sostenido por él, con el transistor en las manos, ojos de dos años, dos años de ojos abiertos al mundo. En aquellas cintas de casete, por una cara quedaba registrada mi voz y las suyas, por la otra, las grabaciones de los programas en directo la noche del 23F de 1981. *Niño* en la cara A, *Golpe* en la cara B. La radio. Diales que eran como números de teléfono. Diales que memorizábamos, como las llamadas a las casas, con sus números fijos. Tiempo de los números sin prefijo. De una ciudad encerrada en sí misma. El primer día que tuve que marcar 976 para llamar a casa de los abuelos. El 92.0. La voz de Javier Ares. La voz de Paco Ortiz en el 87.3. Eduardo González en el 99.4. El Real Zaragoza, el CAI Zaragoza. El pasaje del Caracol, en el paseo Independencia. Arriba, donde terminaba la espiral, un estudio de radio abierto a los visitantes. La ciudad en ebullición. El mediodía volviendo en Renault 12 verde, con Miguel Mena acompañándonos. *Estudio de Guardia*. Mi padre llamando a *Estudio de Guardia*. Teléfonos fijos y diales de radio. Emisoras familiares y casas para el socorro. Tiempos discretos en los que aquellas voces impregnaban el callado éter de las habitaciones, entrando, siempre con permiso, haciendo de aquel instante en el tiempo y en el espacio algo menos vacío. Un vacío menos vacío. Estaba la radio. La radio nos mantenía juntos. Mi mujer y yo escuchando el mismo programa a la vez, a unos pocos cientos de metros de distancia. Ella en el colegio mayor y yo en la madrugada de casa de mis padres. Los dos con Juan Antonio Cebrián. Ella y yo, a los pocos meses, en una habitación de hotel en el Pirineo, sin series, sin televisión, con un pódcast de *Los pasajes de la historia* sobre la División Azul. En cada habitación de nuestra casa un transis-

tor, un móvil, la televisión por cable, analógico, digital, el ordenador, las aplicaciones de todas las cadenas. A veces, cuando estoy solo, pruebo a poner todos los aparatos a la vez sintonizados en el mismo dial. Cada reproducción es distinta, desfasadas ligeramente unas con otras. A nadie le preocupa si la que sale por el ordenador lleva un segundo o dos de retraso con la que emite el transistor analógico. Es como estar en la encrucijada de mil dimensiones paralelas, una manera de ciencia definitiva, de escape.

Aquel tío joven, Rafa, el hermano de mi madre, leyendo *El Papus*, en la tarde de acacias morenas en la plaza Roma, leyendo las revistas que compraba mi padre; las primeras portadas con desnudos. Y mi tío, mientras me cuidaba, nutriéndose con el hambre atrasada de tantas generaciones. Imaginar el cine de verano, el pecado a través de la pared, la boca seca entre el enrejado y el aliento de almizcle del cura. Él en el sofá, pasando de un cuerpo a otro, de un chiste a otro; y yo, sentado sobre la alfombra, quieto, muy quieto. Aquel tío joven que me decía que si me movía vendría el lobo a llevarme. Y yo, callado, jugando despacio, lento por la idea de los dientes del lobo. Asustado, imaginando al animal que ha escapado de los cuentos y se ha ocultado en el pasillo, atento, tan hambriento como mi tío de aquellas pieles blancas, de esos sexos cuidados y explícitos, que dejan de ser saciantes con el rato. Mi padre, al volver, le pasaba un par de billetes de mil pesetas y un paquete de rubio. Mi madre le preguntaba qué tal me había portado y mi tío, malicioso en toda su inocencia, le decía que de maravilla. Y yo, quieto en mi esquina, apilando los cubos de las construcciones de juguete, con los cuentos cerrados para que no escaparan los lobos, disfrutando de la piel tibia de mi madre en su

abrazo de bienvenida. Unos miles de pesetas, unos pitillos, alguna revista para pasar la noche. Y todos contentos.

Y en esta historia vamos a ir hacia delante para encontrarnos los primeros años. El primer destino. Los años de ayer que yo quería conocer entonces. Camino del recuerdo, de los años aplastados. Desde Zaragoza hacia lugares que se clavaban en mi memoria al azar, sin pulir. Aquellos días no sospechaba que mi futuro régimen incluiría una cantidad semejante de kilómetros trasegados y por recorrer. Y solo unos pocos años más tarde. Tres saltos. Desde aquí hasta allí, desde allí hasta hoy. Y después mañana. Es una vida, la del interino, plena de desorden y desconcierto. Desheredados, faltos de previsión. La autovía Mudéjar, uniendo la que era todavía mi ciudad con Valencia. Teruel por el medio y, a la altura de Muel, el desvío: Mezalocha para atravesar Villanueva de Huerva, Aguilón y Herrera de los Navarros, y acabar llegando a Villar de los Navarros. Era la primera arteria de mi padre. Cursos de carreteras difíciles, maestro que recorría nacionales heladas por el frío del invierno. Hielo y lunes. El ánimo se calentaba los viernes y se congelaba a la vuelta, no llegaba a cuarenta y ocho horas. Para qué ir a Zaragoza un par de días, el fin de semana, para regresar con los ojos hinchados de desdicha y juventud malgastada, despilfarrando madrugadas, camino de un punto, una mancha de tinta en el mapa. La anarquía de los horarios en las líneas de los autobuses, que solamente respondían a las necesidades de las gentes del lugar. Compromisos, la visita al doctor, al seguro, papeles en la capital. Primera hora de la mañana y vuelta siempre de noche.

El primer día de septiembre mi padre llegó al pueblo para tomar posesión de su plaza y se encontró un lugar

repleto de luces y gente eufórica recorriendo las calles, calles desbordadas por el vidrio, el alcohol y la música de las últimas noches del verano. Unos días antes del comienzo del curso, el formalismo y la burocracia... Mi abuelo Matías conducía el coche. Mi abuelo no dijo nada. Era un hombre prudente. Dejó que mi padre saludara, conociera, ofreciera su mano a las fuerzas vivas, mirase algunos cuerpos con apetito, mensurando incluso las posibilidades que parecían abrirse los siguientes meses. Había una gran fuerza en su sonrisa, una sonrisa que no había llegado a la mitad de la veintena. Y, mientras volvía a Zaragoza, la euforia se desbordaba, como un reguero de sabor dulce y esperanzado, cayéndole de la boca. Un día antes del comienzo de las clases, a la misma hora, repetida, por la calle principal, esta vez en el autobús de línea, vacío el asiento de su lado y casi todos los demás que lo rodeaban, una maleta rebo-sante de apuntes de vida sin evaluar, de dril rayado, diagonal, eufórico, con la caligrafía insegura del que firma un destino como novicio de bata y dioptrías, y el pueblo que lo recibía no parecía el mismo. Era un pueblo mudo que se preparaba para repetir de memoria las siguientes estaciones, como las tablas de multiplicar, como los afluentes del Ebro. Una vez terminadas las fiestas patronales, volvía la monotonía y el aislamiento. No llegaba a los treinta y mi padre había contemplado la más tardana entre las celebraciones de septiembre, las últimas vírgenes que se resistían a abandonar el verano, a dejar a sus habitantes abandonados durante un año entero, un curso completo. Y aquel pueblo, acostumbrado al silencio absoluto de la caída de la tarde de mediados de septiembre, se burlaba con su media sonrisa, desde las ventanas empañadas del cineclub, del rostro decepcionado del nuevo maestro.